

I

Naupacto, domingo 7 de octubre de 1571.

Corría el mes de *Yumada al awal* del año 979 de la Hégira. En la vasta ensenada formada por los golfos de Patrás y Corinto se habían reunido los trescientos treinta barcos que componían la flota otomana para enrolar hombres y embarcar a los jenízaros de las guarniciones de Grecia. Por encima del bosque de palos y cordajes ondeaban gallardetes turcos y estandartes verdes con tres medias lunas.

Los italianos y los españoles llamaban Lepanto a aquel puerto del Peloponeso. Hasta allí habían acudido las fuerzas de la Santa Liga de la Cristiandad para buscar la confrontación y aniquilar a los sarracenos. Promovida por el Papa Pío V, representaba a los Estados Pontificios, la República de Venecia y la Monarquía Católica Hispánica de Felipe II. Aquella mañana, muy temprano, los vigías turcos divisaron la armada cristiana cuando doblaba el cabo, en formación de cruz latina, según la tradición naval hispana, y con las velas hinchadas por el aire caliente que soplaba. Así que soltaron todo el trapo y, poco después, comenzó la contienda.

Enseguida, el viento empezó a soplar en contra de los turcos, lo que dificultó que tomaran la iniciativa en las maniobras de acercamiento. Además, echó sobre ellos el humo provocado por el uso de las baterías y eso les cegó. Las galezas de la Santa Liga, mejor artilladas que las galeras turcas, daban a los europeos una ventaja importante y actuaban como fortalezas flotantes, mientras los mu-

sulmanes, sometidos al efecto mortífero de sus carronadas, eran incapaces de recomponerse y agotaban las municiones.

Después de horas de cruenta batalla, la formación otomana, inicialmente dispuesta en forma de luna creciente, se deshizo. Los turcos perdieron así la ventaja, aunque eran superiores en número y en el ancho de su línea. A pesar de su poderío, la flota otomana nunca podría superar las cotas marcadas durante los años en que los hermanos corsarios Baba Aruy y Jair al-Din, apodados Barbarroja por los cristianos, dominaban los mares y eran el azote de las costas.

El almirante Műezzenade Alí había previsto una maniobra envolvente con su escuadra por el ala derecha de la flota coaligada, con el fin de empujarla hacia el interior del golfo y encerrarla en él. Pero algo falló en sus cálculos y aquella artimaña no bastó para demostrar la invencibilidad de los turcos. La *Sultana*, su buque insignia, había caído en poder de Juan de Austria, hermano del monarca español, y la cabeza del adalid rodó sobre la cubierta para ser ensartada después en una pica.

Si la triste noticia se propagaba entre los aliados del almirante, que yacía decapitado y pasto de peces y moluscos, no podrían impedir las sediciones de quienes poseían menos agallas. De hecho, la consternación ya minaba la moral en el núcleo de la flota otomana y este se rompía batiéndose en retirada. El valeroso Mehmet Sulik también había sido derrotado.

En cambio, la escuadra del corsario Ulach Alí, un antiguo fraile italiano convertido al Islam, hacía frente con éxito a la flota papal capitaneada por Gian Andrea Doria. Estaba atacando el grueso de su grupo y hacía estragos en sus líneas. Aunque no había logrado rodear las naves para tomar su popa, consiguió abrir un hueco entre las abigarradas galeras para llegar al corazón de la flota contrincante. Los abordajes se sucedían y la lucha cuerpo a cuerpo se recrudecía.

Tal vez los ánimos no desfallecieron en el flanco de Ulach Alí porque aún no sabían que el almirante había perecido en combate.

Uno de los bajeles que se lanzaba con bravura sobre las galeras venecianas era el *Radjul Al-ilah*, el *Soldado de Dios*, un jabeque egipcio de tres palos que, por su ligereza, navegaba velozmente tanto a vela como a remo. Estaba tripulado por leales árabes que se habían incorporado al conflicto procedentes de Egipto y Siria, los territorios mamelucos cuya anexión se había conseguido décadas antes. Con tanto fervor como furia, a pesar de haber dormido al raso con una mísera manta de piel durante días, los marineros desfogaban su aversión contra los infieles. Sin cesar un instante, hacían uso de armas de fuego de pequeño y gran calibre contra los veteranos militares cristianos.

Sobre aquel navío servían Zeid Ali ibn Lokma y su hermano mayor Asad Ibrahim, jóvenes de firme creencia y plena confianza en el vasto poder de la Sublime Puerta, la corte califal de Estambul, y el Gran Turco. Selim II, hijo de Solimán el Legislador¹, había prometido adueñarse de todo el Mediterráneo.

Zeid veía a su hermano Asad agazapado en la proa, desde donde organizaba a la tripulación para encabezar el siguiente enfrentamiento, como si fuera su capitán. Creía así cumplir su cometido como buen musulmán. Sin embargo, a Zeid aún le invadía el miedo.

El cómitre hizo restallar el látigo y sacudió a los galeotes, de cuatro a cinco por remo, para que aumentaran el ritmo. El impulso de los esclavos les hizo salir al encuentro de la *Marquesa*, una galera enemiga de escaso tonelaje que avanzaba dando bordadas. Sus tres mástiles de nogal enarbolaban grandes velas cuadradas, desplegadas y henchidas por el viento favorable. En cada banda se contaban veinticinco pesados remos de haya y en cada remo cinco hombres de turbio pasado e incierto futuro. Sus cañones vomitaban fuego y

¹ En las crónicas europeas el sobrenombre dado a Solimán es “el Magnífico”.

habían echado a pique a la última nave que se había atrevido a acercarse. Pero el *Soldado de Dios* había conseguido acortar lo suficiente la distancia como para hacer inminente el abordaje.

Todo el maderamen del barco temblaba y las cuadernas gemían ante cada andanada. Extraños rumores, violentos estampidos y un fuerte olor a pólvora sofocaban los sentidos en tan reñido combate. La humareda de los constantes disparos no se desvanecía, ni siquiera el sol podía diluir las sombras. Los reflejos de luz teñían la superficie de las olas.

La *Marquesa* no pudo evitar la colisión. La embarcación egipcia la embistió por la popa con su espolón de hierro forjado y robusta madera, que sobresalía desde la roda. Una tremenda convulsión azotó la nave, entre montañas de espuma. La sólida arboladura se dobló y el velamen crepitó con fuerza. La compañía de Diego de Urbina, que viajaba a bordo de la galera, se dispuso para el ataque. Inmediatamente, los árabes empezaron a saltar sobre la borda y conquistaron la popa usando el espolón como puente.

—¡Dios nos proteja! —exclamaron los musulmanes con renovados ánimos.

Delante de todos, blandiendo una cimitarra, iba Asad, sin duda el más valiente. Parecía actuar independientemente, pero en realidad alentaba el intrépido asalto de los hombres que le seguían. Instigados por un odio exacerbado, manejaban las armas con cólera. Algo rezagado, Zeid se sobrepuso al hedor de las camaretas donde bogaban los remeros y corrió al encuentro. Deseaba haber estado más cerca de su querido hermano. Pero, en aquellos instantes, los pensamientos se perdían en la mente, más atenta a los continuos peligros que les acechaban.

En efecto, el terror y la desesperación asolaban las cubiertas. La artillería tronaba retumbando sobre el mar y el silbido de las flechas y de los disparos en ráfaga ahogaba los chillidos de los mori-

bundos. Las cargas estallaban y hacían trizas mástiles y vergas. Grandes proyectiles de hierro hendían el aire y se abrían paso con fragorosos crujidos, creando gran estrépito e infligiendo graves desperfectos. Los de piedra caliza se fragmentaban y sus pedazos actuaban como metralla que provocaba mayor mortandad y destrozo.

Sobre la *Marquesa*, se entabló un duelo encarnizado y se desató la crueldad más implacable. Los Tercios españoles vieron cómo se precipitaban sobre ellos las hordas enemigas, que parecían imparables. El acero cortaba carne, partía huesos y desgarraba miembros. En el fragor del combate, solo se oían blasfemias y gritos furibundos entre los numerosos hidalgos de uniforme multicolor.

Cuando Zeid abordó la *Marquesa*, se amontonaban los muertos, horriblemente deformados por estocadas o disparos, con los cráneos partidos entre salpicaduras de masa encefálica. Algún cuerpo se removía entre la pila inerte de caídos. Charcos de sangre bañaban sus pies y las entrañas se desparramaban sobre las tablas suscitando en él la sensación más nauseabunda que jamás había sentido. Sorteó los aparejos rotos y pasó sobre un amigo con el pecho agujereado por un balazo. Aquella monstruosa batalla se volvía cada vez más macabra e intrincada y muchos compañeros estaban muriendo.

Los musulmanes eran fieros y tenaces, pero estaban siendo repelidos con relativa facilidad y el abordaje no terminaba de consolidar posiciones. No obstante, Asad seguía convencido de que los infieles encontrarían en Lepanto el castigo a todos sus crímenes y delitos.

—¡Bajo cubierta! —imprecó el corpulento capitán Diego de Urbina, desde la pasarela de crujía que comunicaba los castillos de proa y popa. Se dirigía a uno de sus hombres, un joven de aspecto lamentable y enfermizo, que subía a su puesto encasquetándose el morrión— ¡No os podéis defender solo de los moros y no puedo vigilar vuestra espalda!

—¡No hará falta, señor! —protestó el impaciente hidalgo, con paso trémulo y ojos llameantes de fiebre. Sus piernas flaqueaban, pero no así su valor—. ¿Qué se diría de Miguel de Cervantes cuando hasta hoy ha servido a Su Majestad en todas las ocasiones de guerra que se han ofrecido? No haré menos en esta jornada, aun enfermo y con calentura. ¡Ponedme en parte peligrosa para poder morir gloriosamente luchando contra los berberiscos, por Dios y por mi rey!

La lluvia de saetas seguía azotando a su compañía, así que, sin tiempo para admirar el coraje del soldado, el capitán transigió pesadoso ante la necesidad de refuerzos y desesperado porque el conjunto de los enemigos era incontrolable. Permitió que el patrón de la galera, Francisco de Sancto Pietro, lo colocara en el lugar del esqui-fe, al mando de doce soldados, para enfrentarse al peligroso grupo de mahometanos que abordaba la popa. Corría el riesgo de perder en el trance a aquel hombre, pero confiaba en su firmeza. Aunque apenas se sostenía en pie, aferraba la empuñadura de su sable para hacer presión sobre los atacantes.

Zeid miró a aquel español, enemigo pero bravo después de todo, y se unió a la lucha. Empuñó su formidable espada y con ella cercenó los dedos de una mano al primer oponente que se le interpuso, para luego clavar la afilada punta en su pecho.

Asad continuaba más adelantado, en lid con varios cristianos. Atacaba con rabia desenfrenada y sudaba copiosamente, debido al esfuerzo de mantener la posición frente a los aguerridos defensores. Poco a poco y sin reposo, se introducía en el puente. Se escudaba en quienes iban tras él prestándole apoyo. Pero, en un momento dado, su espalda quedó desprotegida, al caer muertos los dos hombres que le ayudaban. Zeid pudo anticiparse con la imaginación a lo que iba a suceder, pero le era imposible terminar de batirse con el soldado que se le echaba encima antes de poder advertir a su hermano.

Los españoles acorralaron a Asad, que no pudo zafarse de la emboscada. Una hoja penetró en su costado y una maza le agredió en el vientre. Con los labios contraídos, enseñando los dientes y las encías en una mueca de agudo dolor, Asad aún se resistió, indómito, y acabó con uno de sus contrincantes. A juzgar por sus energías, parecía indudable que no estaba herido, pero sangraba abundantemente. Recibió otro golpe en la espalda y cayó derribado, entre espasmos.

—¡No! —gritó Zeid sobrecogido, mientras forcejeaba con su adversario. Para deshacerse de él, le atizó en la cara con la guarnición de la espada.

Envainó el alfanje en el tahalí, arrebató el arcabuz cebado al rival que había doblegado y corrió apresuradamente sobre los cadáveres. A su paso, esquivaba a los combatientes y desviaba sus estocadas con el cañón del arma. A medio camino, intentó disparar contra el asesino de su hermano para hacerle pagar por su vileza, pero el arma no funcionó. Sin embargo, un balazo de otro tirador abatió a aquel hombre con certera puntería antes de que Zeid alcanzara el cuerpo de Asad.

Asad Ibrahim tenía una fuerte hemorragia en el dorso y el abdomen rígido, probablemente por alguna fractura de costilla. Un hilillo de sangre fluía de sus labios y manchaba la barba negra y el rostro atezado, pero ya había expirado. Mientras Zeid, postrado en el suelo con la cabeza de su lívido hermano en el regazo, lamentaba su fallecimiento y sollozaba por la desgracia, la lucha proseguía. Un español que se había percatado de la distracción del árabe se aprestó a darle muerte.

Pero no había llegado la hora final de Zeid ibn Lokma.

Las piezas de artillería emplazadas en una nave española cercana abrieron fuego. Sus descargas estallaron entre nubes de chispas y relámpagos y segaron todo lo que encontraron a su paso. La olea-

da de cañonazos acertó en el casco del *Soldado de Dios* e hizo temblar todo el jabeque. La sacudida fue tan vigorosa que se extendió hasta la galera abordada. El español que iba a asestar el golpe final a Zeid perdió el equilibrio y cayó.

Sin embargo, aquel día la fortuna no sonreía completamente a Zeid y la providencia divina no pudo ampararlo totalmente. Las esquirlas de metralla y los fragmentos de madera volaron antes de que pudiera guarecerse y le produjeron múltiples rasguños. Una astilla le golpeó en la cara arrancándole el ojo derecho. Soltó un gemido y se llevó los dedos al semblante, tratando de extraer el trozo de madera que se le había clavado junto a la nariz.

La onda expansiva de la explosión había causado estragos también en la *Marquesa*. El agua se filtraba por numerosos poros que la metralla había abierto en el casco. A bordo de la galera los hombres se recuperaban del impacto y seguía la confrontación. El abordaje se había invertido, pues los españoles saltaban ya sobre el jabeque egipcio.

Zeid alzó la mirada de su único ojo y se encontró frente a frente con el arcabucero enfermo que había insistido en combatir a toda costa. Estaba a punto de atravesarle con su sable. Asustado y débil, Zeid, que no estaba dispuesto a sucumbir, reaccionó instintivamente. La sangre se agolpaba en sus sienes, donde palpitaba dolorosamente. Recostado sobre la espalda, levantó con ambas manos el cañón de su arcabuz. Tenía la esperanza de que esta vez no le fallaría.

Antes de que apretara el gatillo, el hombre que respondía al nombre de Miguel de Cervantes había recibido otros dos impactos de mosquete en el pecho que frenaron su ímpetu sin causarle heridas de gravedad. Pese a todo, el atribulado Zeid disparó asestándole el tercero. El pulso le tembló y sólo atinó a destrozarle la mano izquierda, que el español había adelantado para intentar arrebatarse el

arma. El español se tambaleó y retrocedió muy pálido. El intenso dolor le hizo desplomarse sin sentido.

Las detonaciones se sucedieron. Una vez asegurado el centro de su flota, Juan de Austria acudía en ayuda de las castigadas naves de Andrea Doria. Tras más de cuatro horas, la victoria se había decantado del lado cristiano, a pesar de haber perdido diecisiete galeras y ocho mil hombres. Las pérdidas turcas eran más cuantiosas; la mayor parte de su flota estaba siendo capturada, cuando no hundida.

Zeid, deseoso de conocer la suerte de sus amedrentados compatriotas, se sintió invadido por la frustración. Los hijos del Profeta estaban siendo barridos atropelladamente de los talaus, las superficies inclinadas y saledizas en ambos costados donde se apostaban los remos de la galera. Los supervivientes, rechazados con brusquedad, se zambullían en el mar sin poder volver al *Soldado de Dios* para buscar refugio. El fuego devoraba el jabeque, que ardía como una hoguera y zozobraba en precario equilibrio. Se había botado una chalupa para evacuarlo y los tripulantes se arrojaban al agua antes de perecer abrasados. Parecía insólito, pero algunos españoles seguían aventurándose a abordarlo y corrían hasta las bancadas de los galeotes cristianos para liberarles de sus grilletes.

En medio de la confusión, Zeid fue empujado hacia la banda de estribor de la *Marquesa*. Aún pudo descargar un poderoso culatazo sobre la cabeza de un español que intentaba impedir su huida. A continuación, se sumergió en el mar, casi inconsciente.

Nunca sabría cómo escapó a la muerte, pero no llegó a ahogarse en aquel golfo plagado de pecios en llamas y restos de cuerpos mutilados, donde las naves parecían encalladas entre despojos y cadáveres. Alguien, con más caridad que pánico, lo subió a uno de los botes que abandonaban el campo de batalla, en busca de un barco en el que pudieran embarcar y marcharse.

La quilla de la barca rompía las crestas de las olas, al tiempo que conseguían esquivar las granadas de mano lanzadas desde las barcazas enemigas. Los marineros remaban con furia. Tensaban los músculos y se impulsaban con los pies para no aminorar la velocidad. Alargaban las paladas para avanzar más y fatigarse menos, pero resoplaban al límite de la extenuación. Zeid, malherido y exhausto, no les fue de utilidad. Se limitaba a contemplarles con el rostro devastado por el dolor y las atrocidades del combate.

Detrás dejaban a los vencidos, a muchos de sus amigos apresados, mientras se desarrollaba el final del conflicto naval, que aún duraría hasta las cuatro de la tarde, cuando la amenaza de tormenta y las aguas picadas obligaron a los miembros de la Santa Liga a buscar abrigo en la costa.